

Tercera Edad: diferentes percepciones y necesidad de relaciones basadas en una nueva Ética Social

Por Ana Esmeralda Rizo López¹

(...) Vemos que a lo largo de los tiempos la humanidad ha venido observando como la pérdida de espacios públicos para el desarrollo de la personalidad ha supuesto la privatización del campo de provisión de necesidades y, sin duda, la familia ha sido una de las instituciones a las que más se le ha exigido en el aspecto emocional, lo que en muchos casos ha dado pie a frustraciones por insatisfacción, pero no es menos cierto que en los últimos años éstas van en aumento pues diversos factores como la incorporación de la mujer al mundo universitario y sobre todo su ingreso masivo en el campo laboral retribuido, la monoparentalidad, el divorcio, el espacio de las viviendas, la preeminencia del mundo ciudadano frente al rural., ha supuesto la contracción de la familia y la suspensión de muchas de las funciones que hasta hace poco venía desempeñando. Aún así, la familia sigue siendo un referente fundamental del ser humano que adquiere mayor importancia en la vejez, donde el anciano trata de cubrir casi en su totalidad su necesidad afectiva y dejar su legado.

No obstante, en multitud de casos, las dificultades familiares comienzan cuando el anciano cae enfermo o deviene dependiente por múltiples causas.

Recordando que la salud integral supone componentes, biológicos, psíquicos, sociales y afectivos, no podemos obviar de ninguna forma la importancia tanto de las relaciones sociales como de las actividades que realiza el individuo en su vida cotidiana para el buen mantenimiento de su salud o lo contrario.

Llegar a la vejez en cualquier sociedad supone variantes y por supuesto no es un proceso homogéneo en el que puedan establecerse fases con igual trascendencia para todos los ancianos, pues juega como en todo lo humano un papel importante la individualidad sazónada con singularidades interferidas por el contexto económico y social, tanto general como individual, así como el grado educativo, la trayectoria vital y la mayor o menor capacidad que presente la persona para adaptarse a los cambios que conlleva su propia situación.

Interviene por tanto, la llamada resiliencia² o concepto tomado de la física que supone un proceso mediante el cual el ser humano muestra la capacidad o habilidad para hacer frente a las adversidades, adaptándose y siendo transformado por ellas.

Desde la sociología y la psicología aparecen diversas teorías que toman en cuenta estos condicionantes, entre las que cabe destacar la teoría de la actividad, la teoría de la desvinculación de los roles, teorías de la estratificación por edades y de la continuidad, de la subcultura, del intercambio social o del contexto social, haciendo todas ellas hincapié en la actividades y actitudes que toma o debe tomar el anciano en su nueva etapa teniendo en cuenta el entorno social. En todas se aprecian vertientes positivas y negativas, recalándose de forma general las desventajas del aislamiento y el valor positivo que supone mantenerse activo y en permanente contacto ya sean con las redes sociales formales como informales.

El desarrollo de los estudios sobre la vejez en las disciplinas antes mencionadas han supuesto cambios en su concepción, especialmente derivados de dos causas: el reconocimiento de que vejez no es sinónimo de enfermedad ni forzosamente implica deterioros mentales y por las distintas acepciones de la vejez que se han propuesto.

Autores como Aragón y Moragas presentan clasificaciones diversas, de forma que mientras el

¹ PROFESORA TITULAR DE SOCIOLOGÍA - Universidad de Huelva, España

² Del latín RESILIRE, que implica “volver a entrar saltando”, “saltar hacia arriba”, pero también “desviarse” o “apartarse”

primero nos habla de edad biológica, psicológica y social, el segundo lo hace de vejez cronológica, funcional y etapa vital.

Así vemos que mientras la vejez cronológica se refiere al tiempo objetivo que no causa los mismos efectos en todas las personas, la vejez funcional se refiere a las limitaciones que pueden presentar los ancianos; la vejez como etapa vital significa simplemente eso, una nueva fase en la vida con múltiples posibilidades de desarrollo. Por cuanto a la edad cronológica, ésta hace referencia a coordenadas biológicas diferentes para cada sujeto, la edad social implica las funciones que el anciano realiza en su contexto y la psicológica conecta con los cambios de perspectivas a los que hace frente la persona a medida que avanza en edad.

Por lo que se refiere a las teorías sociológicas sobre la vejez hay múltiples clasificaciones, aunque nosotros sólo vamos a mencionar el punto clave de cada teoría.

La teoría de la desvinculación nace en los años sesenta (CUMMING Y HENRY: 1961) y señala como el individuo se va desvinculando de la sociedad, por voluntad propia o empujado por la sociedad, limitando sus roles lo que implica ir cediendo en responsabilidades.

Los años setenta vieron la aparición de una nueva teoría con origen en la anterior, *la desvinculación transitoria* (LEHR: 1988), que rompe la visión tajante del aislamiento haciendo alusión a las nuevas vinculaciones sociales que pueden producirse y que supondrían un cambio y no una retirada.

Frente a ellas se sitúa *la teoría de la actividad*, aparecida como la primera en los años sesenta y que aboga por que el anciano dedique su tiempo a diversas actividades que le suplan las obligaciones anteriores y le concedan un papel de importancia en la sociedad, algo no fácil de ocurrir si se pretende que la sociedad actual otorgue verdadero valor a estas funciones con la mentalidad actual (MISHARA y RIEDE: 1986).

El enfrentamiento entre las teorías de la desvinculación y de la actividad no ha sido óbice para la aparición de teorías diferentes con énfasis en nuevos parámetros.

Así encontramos *la teoría de la continuidad o del ciclo de la vida* (ATCHLEY: 1975) recalcando como la vida pasada de la persona influye de forma determinante en su forma de abordar la vejez; la alemana *teoría de la fenomenología* que resalta la subjetividad de la percepción personal y su influencia en la acción; *las teorías de la subcultura* (ROSE: 1965) y *la de la minoría* (STREIB:1965), que nacidas en los años sesenta mantienen que la interacción entre personas de la misma edad lleva a formar una subcultura o minoría social marcadas por sus iguales o diferentes características, pero con tendencia a homogeneizarlas al igual que resulta de *la teoría del etiquetaje social* (BENGTSON:1973), la cual mantiene que una vez aceptada la etiqueta social el individuo actúa según se espera de él en la sociedad en que vive.

Otras teorías sociológicas remarcan las relaciones intergeneracionales centrándose para su estudio en la variable edad, como *la de la modernización* (PHILIBERT:1968) afirmando que la modernidad conlleva una mayor valoración de la juventud y sus facultades en detrimento de la valoración social de los ancianos; la teoría del enfoque de cohortes o generaciones, expuesta por Mannheim y Ortega y Gasset o *la de la estratificación según la edad* (RILEY: 1968), señalando la primera como las normas sociales y los roles vinculados a la edad varían como producto de transformaciones culturales, sociales y políticas, mientras la segunda continúa ahondando en los roles que marcan la edad y el conflicto que aparece tras el retiro profesional. La pérdida de normas y roles es acentuada de nuevo en *la teoría del vaciado de roles* defendida por Anderson, lo que entiende produce una sensación de liberación en el mayor al verse desembarazado de antiguas obligaciones en diversos campos.

De nuevo el enfoque intergeneracional surge en parte en *la teoría de la dependencia estructurada* (WALKER: 1983), aunque en este caso el conflicto presenta una doble cara con respecto al Estado y a las demás cohortes generacionales por la competitividad ante la escasez de recursos.

Para finalizar este repaso a las teorías sociológicas sobre la vejez, sólo señalar *la del medio social* de GUBRIUM, la cual hace hincapié en la importancia del entorno económico y social que envuelve al anciano y las posibilidades que este le permite.

En nuestra sociedad dos signos de envejecimiento con consecuencias no siempre adyuvantes para el proceso vital son la pérdida de empleo por jubilación y el abandono del hogar por parte de los hijos. De forma mayoritaria ello implica la necesidad de un cambio para adaptarse a la nueva situación que suele sufrirse en muchos casos como una pérdida de los papeles fundamentales de la vida.

La jubilación supone un aumento del tiempo libre que no se sabe bien como llenarse, a la vez que supone una pérdida de parte de la identidad, ruptura con las relaciones sociales establecidas en el campo laboral, una disminución de los ingresos con el consiguiente menoscabo en la capacidad de consumo y una sensación de marginación social debido a la inutilidad que representa ahora el anciano en el mundo de la producción tan querido por una sociedad adicta al consumo.

El alejamiento de los hijos del hogar también se vive a veces como una pérdida de función social, especialmente en las mujeres dedicadas fundamentalmente a su hogar y familia. Sin embargo, este período de la vida nos ofrece la posibilidad de retomar y profundizar en las relaciones con los amigos y vecinos, que pudieron no ser tan cuidadas por la necesidad de emplear el tiempo en el trabajo y no tiene por qué repercutir de forma negativa si buscamos nuevos roles en los que desarrollar nuestra personalidad aumentando incluso nuestra autoestima.

No obstante, uno de los mayores enemigos con que cuenta la vejez son la cantidad de mitos y prejuicios a los que se ve sometida. De todos ellos señalaremos algunos sobradamente conocidos como la idea de que la edad de la jubilación es la edad de entrada en la vejez, considerar que el anciano pierde sus capacidades intelectuales y psíquicas partir de una cierta edad, asemejándolo a la niñez, pero sin futuro y sin esperanza de recuperación lo que presenta un panorama bastante deprimente a su vez. Por otro lado, encontramos la idea de equiparar vejez con enfermedad de forma inmediata, con persona improductiva y por tanto parásito social, lo que supone olvidar que ellos antes han contribuido a generar la riqueza económica y social.

También está muy extendido el hecho de considerar que la ancianidad no puede presentar un rostro y un cuerpo bellos con las marcas que el tiempo ha dejado en ellos, pues eso sólo se supone en los cuerpos jóvenes y atléticos, lo que a su vez conlleva un estrés constante por mantenerse con apariencia juvenil, olvidando la belleza que emerge de la serenidad y una presencia que no trata de ocultar lo vivido, asimilado y aprendido.

Y desde luego si hay un mito realmente dañino es la consideración de los ancianos como un todo por igual, dejando a un lado las particularidades que surgen de los individuos. Todo ello, lleva a que entre los mismos ancianos encontremos muchos que niegan haber entrado en esa etapa de su vida y menos aún que se les compare con lo que ellos llaman viejos.

En el fondo, estos prejuicios negativos hacia la ancianidad conlleva un fondo de violencia social hacia el colectivo, si bien desgraciadamente la violencia a que muchos ancianos son sometidos no se queda ahí.

Como bien reconoce la Declaración de Hong Kong (1989) de la Asociación Mundial de Médicos, **el maltrato al anciano** puede ser tanto físico como psicológico, financiero, maltrato médico o autoabandono, a lo que nosotros añadimos el social e institucional.

Así **el maltrato físico** puede verse reflejado en golpes, ataduras, quemaduras, empujones, infligir heridas o en la falta de cuidados médicos, de higiene, presencia, alimentación.... A veces se produce el abandono total en plena calle o residencias a las que nunca se realiza una visita, salvo para recoger la herencia cuando existe, o se observa el autoabandono del propio anciano, en muchos casos relacionado con el síndrome de Diógenes.

En familia suele ser aún más común **el maltrato psicológico** mediante amenazas o insultos, tratamiento infantiloides, aislamiento y/o indiferencia a sus valores, creencias, deseos o sentimientos. Tampoco suele alejarse mucho del ámbito familiar **el maltrato financiero**, a través del robo en sus distintas versiones: ocultar patrimonio o apropiarse de ello, aprovechando que no lo controla o que en su sentimiento de culpa por el estado de dependencia no va a negarse a ello, o bien utilizar los bienes y dinero del anciano para fines que él no conoce.

Pero no es la familia un campo particular que no tenga reflejo de la sociedad en que se mueve, así nos encontramos con **el maltrato social** mediante la falta de oportunidades, de políticas públicas específicas o anomalías en su cumplimiento, apoyo público a valores que relegan o humillan al anciano, en el incumplimiento de normas de cortesía olvidando sus limitaciones por edad y actitudes de humillación, rechazo o indiferencia. Lo institucional se refleja en atención escasa, rechazo, negligencia o claro maltrato verbal cuando requieren apoyo y orientación para obtener un servicio determinado.

De todo lo cual deducimos que el maltrato o abuso se produce tanto en el nivel macrosocial con la desaparición evolutiva de la ancianidad como grupo de poder, en el nivel intermedio por la falta de políticas de comunidad y en el micro que alude al campo familiar.

Lo cierto es que el maltrato a los ancianos, aunque viene ocurriendo a lo largo de la historia, es un tema bastante novedoso en las investigaciones y estudios, si lo comparamos con el maltrato a la infancia o incluso a la mujer. Es uno de los problemas más ocultos en nuestra sociedad, entre otras causas por la falta de denuncias que son mínimas y la poca receptividad a reconocerlo por parte de los ciudadanos.

Aún así, basándose en las denuncias las estadísticas españolas hablan de un cinco por ciento de ancianos maltratados en nuestro país, pero esto no conforma si no la punta del iceberg³, pues se sabe que los ancianos rara vez lo denuncian⁴ por temor a represalias, por vergüenza o por depender de los maltratadores. (...)

En cuanto a los factores de riesgo y vulnerabilidad de ser víctima de malos tratos, se considera para el anciano (la edad avanzada, deficiente estado de salud, incontinencia, deterioro cognitivo y alteraciones de conducta, dependencia física y emocional del cuidador y el aislamiento social), para el agresor cuando es el cuidador (sobrecarga física o emocional, trastornos psicopatológicos, abuso de alcohol u otras toxicomanías, experiencia de violencia familiar previa, incapacidad para soportar emocionalmente los cuidados), dándose una situación de especial vulnerabilidad cuando la vivienda es compartida, hay malas relaciones entre la víctima y el agresor, falta el apoyo familiar, social y/o financiero y se da dependencia económica o de vivienda del anciano.

Por lo anteriormente establecido llegamos a la conclusión que también nuestro tiempo necesita de una ética social que ayude a la acción y sirva de contrapeso a la mentalidad científico racional, tan exaltada en la actualidad a la vez que olvida que las emociones mueven más a la sociedad que las razones, valorando la vida en sí misma, y recordando que ninguna etapa de la vida posee de por sí mayor valor que otra. Son por sí mismas un continuum en la unidad de la vida, en la conformación del ser que supone una tarea que no acaba sino con la muerte, por lo que tampoco debe aceptarse la mal llamada ética del descanso cuando ello supone retirar al anciano de su propio compromiso y deber sociales, sin que exista la justificación de una enfermedad que lo discapacite y sí una estratagema para aislarlo de su entorno y rebajar su autoestima. Nuestra sociedad hedonista, masificada, consumista, anónima, potencia el individualismo y ensalza todo lo juvenil acercándose peligrosamente a posturas nihilistas, que pasan factura con el tiempo, alejando al anciano de la dimensión pública que debe ostentar cada ciudadano.

³ El 40% de los ancianos españoles sufre algún tipo de maltrato, siendo el más habitual la negligencia, cuando la cuidadora es una mujer, y la agresión física cuando lo cuida un varón.

⁴ Tan solo el seis por ciento de las denuncias presentadas son hechas por los propios ancianos.

Por otro lado, el rechazo que los jóvenes presentan hacia la autoridad, la emulación o el esfuerzo son también consecuencia del fracaso de la sociedad en su sistema educativo, de la dejación de funciones de los padres y de la ausencia de referentes, que bien podrían ser representados por muchos de los ancianos ejemplares que conviven con nosotros.